

tudes se orienten hacia el servicio de la ansiedad colectiva, gracias a que la Universidad misma, impregnada como debiera estarlo del ritmo de esa ansiedad, la comunicaría entonces a cada uno de sus elementos como un bálsamo ennobecedor de lo pragmático y casi siempre nada más que lucrativo de la especialidad profesional.

Incidió sobre esta necesidad previosa, la de hacer más trascendente la preocupación educacional de la Universidad, porque si la cultura es algo más que la información tenida por cada uno de nosotros sobre lo producido en las artes, en las ciencias, en la política, en la literatura y, en fin, en todos los aspectos de la humana educación, monester es, pues, que se fomenten con una capacidad de elaborar al conocimiento a merced de una inquietud que lo haga resumir en belleza y en perfección para la estructura del ente gregario, individual y totalizado. Imprimiéndose así una dirección moral que haga virtuosa para el alma la derivación del aprendizaje, nuestro credo propicia la seguridad de una realización feliz para la destreza técnica tan indispensable a la satisfacción de las necesidades colectivas, anhelando fuertemente que todos los hombres gocen de las mismas condiciones de comodidad material como para poder contraer con hábitos de investigación y de trabajo en todas las ramas del saber. Pero mientras ello siga siendo una aspiración frías e imposible de cumplirse hasta tanto se transforme el régimen económico de la sociedad en otro de fundamentos colectivistas, y mientras en los cuadros actuales de la enseñanza ello no pese de ser un entrenamiento científico unilateral, nos parece que la tarea facultativa responde apenas a una condición necesaria mas no suficiente como para llenar por sí sola un propósito de fecundar la vida con gajos de belleza y de excelencia espiritual.

Cubrir la distancia que va de lo necesario a lo suficiente con el trazado descrito por una visión altruista que nos conduzca incesantemente por el camino de la perfectibilidad, aunque no se puede consagrar jamás en la reanadora ilusión lo suficiente, he ahí entrevista la hermosa tarea de nuestro impulso renovador, capaz de definir por sí mismo la aureola de nuestra estrípe juvenil.

Y ello es, tanto más urgente cuanto que ya habéis oído decir más de una vez que en la contracción a las materias que integran el plan de la respectiva carrera está todo el panorama de la vida en la Universidad, y ello se os aconseja hasta como una receta para vivir más felices y contentos con la conformidad deparada al espíritu por la familiarización con los gajes del saber.

Es que los que así postulan, no obedecen sino a los dictados de un mirar estrecho y egoísta, muy propio dentro de su tendencia a vivir en un estereotipo circunscripto a la personal satisfacción, que puede llegar, es cierto, a hacerlos rebosantes de vanidad y de orgotismo con su condición de sabedores y hasta de sabios, pero que nunca les hará santos en la grandiosa sensación de amor a lo humano en que nada de éste le es extraño y que se trasunta, antes que en estilo conforme, en una acendrada y latente disconformidad contra lo inarmónico y lo inico que es la modulación de la vida socialmente regulada a nuestro alrededor!

III. — LA NUEVA SENSIBILIDAD UNIVERSITARIA.

Había de ser acaso sorprendente que fueran los encantados de la suficiencia universitaria los que recomiendan paternalmente no "malograrse" con la preocupación por los problemas sociales, lanzándose de inmediato muy sueltos de cuerpo a ponderar su contenido con una filosofía rampona y trashumante, mezcla de inseguridad unilateralidad de especialidad y e pavorosa ineptitud para alentar ideas de ennoblecimiento colectivo? No, por cierto que no, y está muy claro que debían ser ellos, precisamente ellos, los que debían caer en la auto-sugestión de que el arreglo de todos los males del mundo lo brindan y precisan con su dedicación al laboratorio y al gabinete, puesto que si los demás no gozan de tamaña conformidad es porque son unos inferiores — más o menos — a quienes forzosa-mente la sociedad debía mantener en diferente plano que a los que han nacido, según ellos mismos, predestinados para los magnos cultivos de la ciencia! Si, de la ciencia, pero de la

ciencia así oficialmente gozada, en todo lo que ella tiene de particularista y amoral como para resultarles la solución tranquilizadora que, so pretexto de atenderse tan sólo a la verdad fenomenicamente objetiva, les ayuda a justificarse, ajenos cuando no despreciativos y hasta enemigos de los clamores reivindicatorios que conmueven el andar de los pueblos! Y vano, inoportunamente ridículo, nuestro ensayo de que también ellos — ellos, que cuanto más alcanzarán a ser eruditos — comprendan el legítimo anhelo de que alguna vez signifique la Universidad, como patrimonio de cultura, entre una halagadora seguridad de propender a la formación de hombres integrales a merced de las disciplinas tratadas en las Facultades e Institutos! ¿Cómo así?, se dirán extrañados los que se sienten lo mejor de los hombres, como productos que son de una Universidad que planeaba en el paraiso de una rumiante sabiduría y estaba acondicionada, precisamente, para aplacar con la eficacia de su misión cerrilmente instructiva los más geniales aleteos de la inspiración juvenil!

Menos aun es de extrañarse entonces, que esos mismos pontífices de una espiritualidad sosa, empequeñecedora y ritualista, pusieran el grito en el cielo cuando como una proyección la más auspiciosa y trascendente de la insurrección estudiantil se estableció entre nuestras filas y las del proletariado la natural correspondencia de afectos y de estímulos derivada de una unión paralela en ansias de libertad y de dignificación colectiva. Es claro que, mirando con alguna seriedad, se requiere poseer una fuerte dosis de optimismo para suponer que lo que se dio en llamar la unión de obreros y estudiantes podía ser entonces la gestadora inminente de la revolución social; pero aun así, no es indispensable caer en una suposición extrema para darse cuenta de que no dejaba de ser merecida, en el fondo, la alarma de los que vivían contentos de ignorar su deficiencia espiritual, que los hacía incapaces de concebir y menos de alentar un mejor orden de cosas, encarnizándose en la resistencia a semejante posibilidad. Sobre todo, les resultaba un desagostoso el gesto del conjunto estudiantil en cuanto a éste, acentuado ideológicamente por sus orientadores y soldados más genuinos de avanzada, respicaba por su significación de un estado de la conciencia universal de la hora, necesariamente tocada de la comunión de las almas que sentían restallar con los desgarramientos de la civilización guerrera, la perentorio de los términos que está planteado el clásico problema de la cultura.

Efectivamente, este es el que determina el sentido más relevante de la acción que se ejercita a través de los cuadros estudiantiles y es el que se modula cada vez con mayor propiedad en la corriente de la Reforma Universitaria. Es que si la cultura reclama la existencia de una personalidad de ideales en todos aquellos que pretenden conjugarla fielmente, la Reforma implica, en proporción, una tendencia a reflejar la plasmación de los ideales como una actitud indicadora de la suprema finalidad que los deben consagrar, las tareas cumplidas en las Facultades e Institutos. Y para que esta necesaria congruencia de los imperativos solidarios de la cultura con las funciones de servicio social que corresponden a las aptitudes profesionales, fuese propulsada con acento inconfundible, era correlativamente esencial, hasta por una elemental consideración de fe en el valor de la edad, que fuesen los hombres jóvenes los llamados a jugar el rol inapreciable de factores dinámicos.

He aquí que como acontecimiento de positivo relieve, la Reforma Universitaria se hace todavía más trascendente en cuanto ofrece como norma orgánica de garantía para una mejor dirección de los asuntos facultativos, su alentadora afirmación de la juventud como sinónimo identificador de las más nobles aspiraciones.

Y en esta circunstancia, que tiene todos los alcances de una concreción originalmente valiosa en la historia de las creencias éticas, hechas normas prácticas de progreso institucional, está encerrada toda la significación de una empresa que debe estarse con el patrón de la responsabilidad moral que acusamos colectiva e individualmente, ya que ella está confiada más que a ninguna otra eficacia, a la de los méritos idealistas de la juventud. Con ella apuntan florecientes las inquietudes de lo universal y de lo eter-

no que se vislumbran en los horizontes de la cultura humana, y con su nombre de reforma se sitúa un lugar prominente en la suerte de los sistemas moldeados en un pensamiento creador.

IV. — LA FILIACION DEL IMPETU REFORMISTA

Tener la visión plena de los objetivos culturales a que responde la gestación de la Reforma, habrá de ser cada vez más declaradamente el mérito de las legiones estudiantiles en la acción diaria. Porque no cabe duda ya, de que una inspiración más cateórica que la que se apareció embrionariamente exigiendo rectitud en el gobierno universitario, es la que viene dando notable realce al proceso iniciado con el movimiento de 1913 en Córdoba y acentuando con caracteres similares en La Plata un año después. Pero de lo que ya tampoco cabe abrigar incertidumbre de cualquier especie, es de que si en alguna fuente puede reconocerse con legítimo derecho la inspiración señalada, ella lo es en la que se proyecta con efluvios revolucionarios a través de los ideales izquierdistas, bajo la denominación de los diversos "ismos" que distinguen las escuelas de doctrina socialista. Nada ni nadie más indicado, en efecto, para infundir visiones panarómicas en toda la lucha de "mejoramiento institucional" o colectivo, que el fervor de los ideales que constituyen, por antonomasia, el más genial propósito por librar a la civilización de los vestigios bárbaros y oprimentes heredados de las épocas atávicas, pero que recién con el apogeo imperialista del capitalismo han culminado en el refinamiento que le brindan nada menos que los propios recursos de la inventiva científica y el hermetismo jurídico de los que con tanto celo se facta como cultivadora eficiente de la Universidad clásica.

Concurre en este proceso lo que en casi todos los que se acusan con rasgos sobresalientes de reiteración en la historia: comienzan por reivindicaciones más o menos inmediatas o mediatas, generalmente provocadas por cuestiones de hecho zanjadas con medidas que, cuanto más, importarían en esencia un correctivo emendador dentro del cauce acostumbrado de las cosas; pero desata la lucha por a negativa de los intereses creados a proceder con la energía honradez que aconsejan las circunstancias en el sentido de remediar cuanto antes el mal denunciado, se suscita en el ánimo de los reclamantes la comprensión de que los argumentos de orden, autoridad y apego al trabajo, comúnmente utilizados para desear o neutralizar sus exigencias, no son otra cosa en realidad que un escarnio del derecho natural que les asiste y un malabarismo de sofismas tendientes a resguardar las indignas situaciones atacadas.

De manera que, no es que se haya derivado a un terreno más hondo por obra de una fácil propensión a magnificar las cosas, sino que, hasta por el requerimiento de una lógica indicadora de las actitudes respectivas, era forzoso que las partes se remontaran cada vez más en las generalizaciones de principio, a fin de tener así deslindados con mayor precisión los valores sustanciales en pugna. Y por virtud de esa natural inclinación a fijar los términos del problema en cantidad y en calidad referidas a las nociones ejes de un cuadro universal de conceptos, el conflicto de las posiciones indicadas se sitúa, a partir de entonces, en un punto de divergencia básica desde el cual ya es una consecuencia racional que se proyecten las soluciones con signo positivo o negativo según sea la dirección moral en que marchan sus ejecutores: frente al absurdo del torqu coaste jerárquico con que los retardatarios pretenden apañar lo espíritu y al asfixiante de la injusticia, se levanta bravo y clamoroso el verbo justiciero de los que protestan asbestados por razones tajantes y se encaminan hacia el futuro como inspirados por la revelación de un hábito mejorado, extrañados las argumentaciones de una y otra posición con la agudeza polémica de la contienda, el episodio comenzado sin mayor volumen se hace así significativamente complejo, a instancias, especialmente, de una corriente de plenitud que pareciera venir a satisfacer, — como con la vehemencia de una intuición descifrada, — la necesidad del desarrollo a que hasta entonces no habían atinado, — al menos exteriorizadamente — las energías juveniles en potencia.

Empero, aun advertida de esta suerte la significación del gesto rebelde, no por ello opera el milagro de perdurar en los más de sus actores como una inspiración latente, ya que también parece ser ley de los triunfos el contrapeso de la chatez y de la dilución del ánimo que se observa en las masas actuantes no bien empiezan a cumplirse, aunque más no fuese que en forma parcial o dudosa las aspiraciones determinantes de la brega. Sin caer en la repulsión de los que han traicionado con crítica venalidad las más elementales prácticas de la cruzada, no son pocos los que van a militar en los núcleos de la derecha política, incurriendo en la flagrante abdicación que sólo se concibe, dictada por una congénita escasez de mentalidad o por el rastacuerismo de los acomodaticios. Poco edificantes son en verdad semejantes desviaciones como para silenciarlas con la sanción del olvido, ya que lo único que nos recompensará de tamaño lastre es la firmeza redoblada en esa minoría salvadora que reverbera cristalinamente sobre el camino andado y que sigue registrando la tonalidad del ideal, apuntando siempre como una conciencia orgánica de continuidad progresista a través de todas las alternativas. Viéndolas todas profundamente y aprendiendo a desenvolver sus consecuencias en favor de la causa abrazada con la fe y la decisión que se cobran en la virtud del ideal, se han ejercitado en el modo más fiel los blasones del temperamento, tallándose con los perfíles doctrinarios en que saben traducir sus afeanes todos aquellos que ya de por sí venían siendo aptos para consolidarse en una personalidad espiritual de miras elevadas.

V. — LA EXPERIENCIA Y EL ESTIMULO DE UNA VISION EVOCADORA

Hoy que las formas están reformísticamente asentadas en la marcha de la Universidad y van para mejor, tanto más procedente resulta poderse estimar en la misma sensación de impulso constructivo que nos comenzara a templar el carácter hace diez años. Sólo que si por la misma virtud de la experiencia hemos podido ganarlo batallas a la reacción y a la apostasía, planeando previamente el ataque y la defensa en condiciones tales de probabilidad que no requiriesen una contracción mayor que la media calculada para los cuadros de la falange estudiantil, — no por ello vemos a sentarnos tan plácidamente cómodos como para no prestar atención a la voz íntima que no se resigna por cierto a tener que seguir reelando de la capacidad reformista pulsada entre las filas habitadas a vernos librar el fuego desde la vanguardia. No; ella es tan ruda y tan exacta en su timbre que no podemos menos que darle salida en su afirmación rotunda de que los resultados sustanciales definitivos en punto a eficiencia renovadora, no deben estar pendientes del riesgo que se corre en toda habilidad estratégica y sí, en cambio, reclaman como la más valiedera garantía, la de la responsabilidad determinada por la posesión sincera y arraigada de ideales categoricos; vales decir, de ideales izquierdistas.

VI. — LA EXPERIENCIA Y EL ESTIMULO DE UNA VISION EVOCADORA

Ante la observación como una necesaria y amigable advertencia de claridad para el recíproco entendimiento, ya que tampoco es el caso de que los triunfos alcanzados con mayor o menor esfuerzo deban desmenuzarse en la variedad de factores que no dan, con todo, de inmediato, la medida de lo que más interesa moralmente; esto es, que los triunfos, para ser billantes en verdad y en aplomo, sean el producto tesoro de una conciencia cada vez más cristalina y homogénea entre los soldados de la causa estudiantil. Mientras tanto, no hay para qué negar que los que comprenden el apremio de afirmar y conquistar nuevas posiciones para nuestra bandera habrán de soportar con algún estolicismo, sin duda, la presión de la realidad que los obliga a contener el desbordarse de sus ímpetus y sus concepciones más genuinas, en homenaje a la urgencia de no exponer lo ya alcanzado a título del conjunto, aunque fuese poco, a los descalabros y regresiones que trae aparejado una desprevenida ligereza en apreciar por las apariencias más o menos exuberantes la disposición de la masa a moverse y las posibilidades deparadas por el estado institucional de las cosas.

Confieso que ya quisiera yo, ciertamente, no haber tenido que aludir con la inevitable crudeza de los aspectos

desfavorables que todavía presentan los recursos de nuestra acción, y es que a fin de ser sinceros y leales en nuestras opiniones, estamos en el deber de señalar sin reticencias tales defectos tantas veces como sea menester para corregirlos en definitiva, porque precisamente de sabernos muy nítidos en nuestra orientación es que nos viene el cuidado de librar de malezas el bagaje con que estamos equipados para alcanzar la cuesta del triunfo final.

Tan es éste imperativo, que de no ser ese propósito clarificador todo lo conveniente y meritorio que encierra su destino, no habría conseguido quizás deslizarse resucitamente como convicción de nuestra intimidad en estos preciosos momentos en la evocación de la hora, inicial en la desfilé de las impresiones más entrañables y está luchando donadamente en nuestro fondo más cordial por sustraernos a toda otra sugestión que no sea la que nos embarca el ánimo con el inefable de la aforanza. ¡Es como el con la esencia de los fervores alentados en el movido transcurso de diez años — los diez años más jugosos de la vida, esos que despuntan con el ingreso a las aulas del Colegio secundario — se nos estuviera redestilando a la distancia el sabor de aquella unión tan ensalzadora que iluminaba con resplandores de anuncio las veleidades de nuestra adolescencia. Concitantola en todos los motivos de su preocupación, no se ocultaban a su sello ni siquiera los detalles de corte más genuinamente infantil, seductora-mente infantil; ahora en nuestro recuerdo, como aquel cálido apretamiento por inaugurar los pantalones largos a medida que se acercaba el éxito de esta nuestra Federación Universitaria de La Plata en su primera y más grande campaña! Era como si necesitáramos congratularnos formalmente en un paralelismo visible con el crecimiento espiritual que nos sabía el hecho de habernos bautizado victoriosamente en las lides de la justicia y del enaltecimiento colectivo y ello nos hacía acariciar una noción de felicidad, plenos en una sensación del mundo como quien se embebe de fragancias y colores tempranamente como la misma aurora en que comienzan sus visiones de un día primaveral.

Hoy, en cambio, ya han pasado esos diez años, y con la melodiosa vibración que su estela describe en nuestro eco interior, se traduce lúpidamente la seguridad de que el tiempo

POR EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ

A raíz de las insistentes campañas de las Cancillerías de Lima y Santiago, tendientes a conseguir el Premio Nobel de la Paz para los presidentes Leguía e Ibañez, el Apra asumió la dirección de las protestas en Europa. Haya de la Torre escribió una carta a Romain Rolland, que ha merecido el Premio Nobel, quien estuvo una vez más al lado de América Latina. El Apra de París envió el siguiente cable: "Nobel Komiteen. — Nobelinstitutet. — Dramen veien 19 Oslo, Nougve. — Nombre conciencia libre americana protestamos ante las pretensiones de comprar el Premio Nobel de 1930 de la Paz. Leguía e Ibañez dejando a Bolivia sin salida al mar no han resuelto ningún problema latinoamericano. La solución presente es una lógica consecuencia de la política de sujeción que ambos presiden en favor de los Estados Unidos de Norte América. Si el Premio Nobel de la Paz se ha hecho para condecorar a los tiranos que siembran el dolor y la miseria de los pueblos que gobiernan y que deberían redimir, nada tenemos que agregar. Esperamos que la resolución sea imparcial. Respetuosamente. — Heysen. — Enriquez."

El Premio Nobel no se otorgó a nadie. Además, el Consejo publicó una nota diciendo que quedaba desierto por este año el CONCURSO.

Carta abierta del fundador y secretario general del Apra, Haya de la Torre, a Emilio R. Delgado, secretario de la sección aprista en Puerto Rico

Mi querido compañero Delgado: Con atención y entusiasmo creciente he venido leyendo en las columnas de "La Correspondencia de Puerto Rico", — que es el diario de la isla que más se lee en Europa, — sus artículos y manifiestos, sus llamamientos y polémicas en favor de la causa de la libertad de Puerto Rico que tanto interesa a todos los anti-imperialistas y unionistas latinoamericanos que militamos bajo las banderas de nuestro gran Partido Aprista.

Yo suscribiría las bellas palabras del periodista Enamorado Cuesta y de todos los honrados hijos de Puerto Rico que con una visión verdaderamente admirable de los problemas de su país y de Nuestra América, le han dirigido cordiales mensajes de aliento. Adhiriéndome a esas opiniones auto-

encontrará la base para la formulación de su programa nacional de lucha contra el imperialismo y por la unión política y económica de la América Latina.

Los partidos políticos viejos, limitados por las contingencias inmediatas a la política local, van perdiendo gradualmente su fuerza en Nuestra América. Ninguna acción política encerrada en las fronteras de un solo país latinoamericano puede cumplir el anhelo de liberación de nuestro pueblo que, bajo distintos aspectos y circunstancias, es en su base, el mismo en todos ellos. Por eso, el espectáculo de las luchas partidistas locales, se presenta cada vez menos elevado y menos eficaz. Los viejos partidos, aunque usen de una estruendosa literatura demagógica y patriótica, están encadenados por los compromisos y circunscriptos por el aislamiento de su acción. La América Latina de hoy tiene, toda ella, un vasto y profundo problema común: La proximidad a un organismo nacional tan poderoso; tan disciplinado, tan cohesionado como son los Estados Unidos, nos impone, por imperativos vitales, una acción defensiva unánime. Los Estados Unidos se expanden por una ley económica y su expansión irá alejándose más lejos si no halla resistencia, Nuestra unión, la unión política y económica de la América Latina, es a su vez un imperativo natural, vale decir económico de defensa. Ningún pueblo aislado de los latinoamericanos podrá resistir el desequilibrio económico producido por la formidable unión norteamericana y nuestra lamentable destino. La suerte de Puerto Rico nos interesa, porque si todos los pueblos latinoamericanos no ayudan a liberarlo, correrán la misma suerte, tarde o temprano.

De ahí que la fundación del Apra haya venido a llenar una necesidad histórica. La experiencia nos enseña que ni aun países tan vigorosos y tan heroicos, tan ricos y tan conscientes como México pueden defenderse solos. México ha resistido y resiste pero su resistencia aislada tiene una limitación. Sólo la unión, el frente único político y económico de todos nuestros pueblos podrá garantizarles soberanía y paz, prosperidad y justicia. Por eso el Apra, que no es una sociedad sino un Partido formado por el frente unido de todos los trabajadores manuales e intelectuales, de América Latina, se esfuerza por constituir esa gran unión defensiva.

Nuestra ilustre compañera Magda Portal ha llevado a Puerto Rico el primer mensaje aprista. La acogida que la juventud consciente de Puerto Rico, juventud intelectual y trabajadora, le ha prestado, ha sido la expresión más evidente de la fuerza extraordinaria del llamado del Apra. El Apra llama especialmente a la juventud porque es a ella la que tiene ante sí la gran tarea histórica de mirar conscientemente al futuro. No es extraño que jóvenes como usted y como los que le acompañan, hayan escuchado el llamamiento aprista y sigan valientemente la cruzada libertadora que nuestro credo político propugna.

Usted, con una extraordinaria valentía, ha repetido el llamamiento a toda la juventud estudiosa y trabajadora de su país. En su vibrante polémica con el comisionado norteamericano de Educación, usted ha escrito palabras admirables que la juventud puertorriqueña debe repetir con orgullo. Puedo asegurarle que mi opinión libre de toda la América Latina está a su lado, porque usted defiende, con los principios del Apra, la causa sagrada de la libertad de su país violentamente sometido.

Todos los que tenemos experiencias en la lucha, sabemos que las grandes cruzadas cívicas son difíciles y son dolorosas. No necesito avisarle que usted hallará grandes obstáculos. No necesito decirle que en su lucha meritísima no sólo tendrá usted al frente al gran enemigo común sino a muchos de sus propios conciudadanos que, indiferentes o claudicantes, se sitúan en el bando opuesto para ayudar a los que esclavizan a su propio pueblo.

Sea usted fuerte y levante los ojos hacia el rastro luminoso de los grandes sacrificios por la libertad de Nues-

Contra el imperialismo yanqui en Haití

La secretaría del Apra en Buenos Aires, con motivo de los atropellos yanquis en Haití, formuló la siguiente declaración:

"Una vez más las fuerzas de marmuera yanqui han invadido la pequeña e indefensa República de Haití, que lucha para sacudir el yugo impuesto por el imperialismo norteamericano. Desde hace varios años se mantienen en el territorio fuerzas con el objeto de impedir cualquier intento de independencia de parte de los ciudadanos haitianos que desean un país libre de la opresión insolente que se esfuerza en mantener Estados Unidos.

La cécula peruana del Apra residente en Buenos Aires, sección del Partido Antimperialista Latinoamericano, siente el deber de denunciar este nuevo atropello a la soberanía de Haití cometido por el país que prepara con calculada falsía pactos antibélicos. El imperialismo llama irresponsables a los valientes patriotas de Haití y en nombre de la justicia y en defensa de los ciudadanos norteamericanos los masacra, tratando de ahogar el movimiento que afortunadamente se robustece día a día, no sólo en Haití, sino en toda América Latina, y se organiza bajo las banderas del Apra.

El Apra constituye hoy la fuerza antimperialista más potente. Su programa político nace de la entraña misma de los problemas latinoamericanos. Por eso el pueblo le presta su apoyo y se incorpora a sus filas, porque sabe que es el partido que realizará la independencia económica de todos los pueblos subyugados por el imperialismo yanqui.

La cécula peruana del Apra rinde su postrer homenaje a los bravos mártires caídos en la lucha y se organiza con más bríos para terminar, mediante la unión de todos los antimperialistas, con la opresión yanqui.

Contra el Imperialismo Yanqui. Por la Unión de los pueblos latinoamericanos.

Secretaría de Propaganda.

tra América. Recuerde también que los grandes hombres de su tierra, un Hostos, por ejemplo, estarían a su lado. Y manteniendo firme su fe, busque en la juventud, busque en el pueblo que sufre a sus aliados. El Apra necesita de hombres libres en sus filas, puesto que ellas forman un gran ejército de libertad.

Con la fraternidad de todos los apristas de América, abrazo en usted a los apristas de Puerto Rico, repitiéndole nuestra invocación común que interpreta el anhelo profundo de cien millones de latinoamericanos:

"Contra el imperialismo yanqui, por la unidad de los Pueblos de Nuestra América, para la realización de la Justicia Social."

HAYA DE LA TORRE.

LIBROS RECIBIDOS

ACCION UNIVERSITARIA, por Alfredo L. Palacios. — Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1929.

LA REPUBLICA DE LOS VAGABUNDOS, por Boris L. Partalev. — Editorial Cent, Madrid, 1930.

ENRIQUE MORSELLI - EL HOMBRE-EL PSICIATRA - EL PENSAADOR, por Emilio De Matteis. — Genova, 1930.

CUATRO DE INFANTERIA, por Ernst Johannsen. — Editorial Cent, Madrid, 1930.

ROCINANTE VUELVE AL CAMINO, por John Dos Passos. — Editorial Cent, Madrid, 1930.

EL FUEGO, por Henry Barbusse. — Editorial Cent, Madrid, 1930.

LES ETATS-UNIS D'Aujourd'hui, por André Siegfried. — Librairie Armand Colin.

L'AMERIQUE ECONOMIQUE, por el Dr. Carl Koettgen. — Editorial Payot, París.

DE HOMBRE A HOMBRE, por Juan Leitch. — Barcelona, España.

TRES DIAS CON LOS ENDEMONIADOS, por Alardo Prats y Beitran. — Editorial Cent, Madrid, 1930.

LA EDUCACION ESTETICA, por Tobias Bonasatti. — Barcelona, 1930.

CANCIONES ESCOLARES PERUANAS, por Montoya-Chavez Aguilár. — Lima, Perú.